

LA ESCRITURA DEL TERRITORIO AMERICANO

CARLOS MATA INDURÁIN,
ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Y MARTINA VINATEA (EDS.)



CON PRIVILEGIO . EN NEWYORK . IDEA . 2019

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA», 58. SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI), 14

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA,
ESPAÑA / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© De los autores

Financed by the Leading House for the Latin American
Region (project «Latin American Humboldtianism:
Scientific Expeditions and Their Impact in Latin American
Linguistic and Literary Thought», SMG1721).

ISBN: 978-1-938795-61-9

Depósito Legal: M-28010-2019

New York, IDEA/IGAS, 2019

AUTOBIOGRAFÍAS FEMENINAS COMO CRÓNICA CONVENTUAL: EL CASO DE SANTA TERESA LA ANTIGUA Y SAN JERÓNIMO DE MÉXICO

Laura Yadira Munguía Ochoa
Universidad Panamericana, México

En el presente estudio se lleva a cabo un trabajo comparativo entre las crónicas de la *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua* (1625) de sor Inés de la Cruz, la *Relación de la fundación del convento antiguo de Santa Teresa* (¿1641?) de Mariana de la Encarnación, fundadora de dicho convento, y la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* (1691) de sor Juana Inés de la Cruz, donde se hace una reflexión introductoria acerca de las crónicas de convento escritas por mujeres, además de los textos femeninos que aun siendo referenciales sirven como un reflejo crónico de sus conventos. Se toma como eje principal la narración biográfica de las autoras y su inclinación hacia el estudio y las letras. Se reflexiona también acerca de su vida, existencia inclinada a la santidad, y la importancia de dichas autobiografías como fuente de conocimiento de la vida conventual. Asimismo, se da importancia a las crónicas sobre crónicas, sobre todo la que hace Carlos de Sigüenza y Góngora en *Paraíso Occidental*, donde une a nuestras tres autoras. El estudio abona al conocimiento de las obras mencionadas, sobre todo acerca de Santa Teresa la Antigua, importante institución religiosa que no ha sido tan favorecida por la crítica.

I. CRÓNICAS DE VIDA Y CRÓNICAS DE CONVENTO

Las crónicas en el Nuevo Mundo fueron indispensables para entender el espacio reciente en que vivían tanto españoles como mexicanos; por medio de la escritura se ponía orden a la serie interminable de hechos que acontecían con rapidez poco identificable. La crónica daba orden, pero más que nada tenía la misión de salvar la memoria histórica, resguardar del olvido los hechos importantes, los trabajos, las hazañas e incluso los pequeños detalles.

El caso de los conventos no es distinto, los cronistas se maravillan ante la santidad exaltada de las monjas, su recato, su dedicación a la oración e incluso su acercamiento directo a Dios en visiones de santos, e incluso apariciones fantasmales y demoniacas¹. Las crónicas conventuales por tanto son piezas clave para entender la vida de claustro de la época novohispana, no solo en sus personajes y sus hagiografías sino en asuntos terrenos y pequeños, como nos menciona Manuel Ramos Medina: «Ellas representan una fuente de inapreciable valor para el estudio de la vida cotidiana»².

Los conventos de monjas, sobre todo en el siglo xvii, tuvieron la tarea de resguardar en la memoria escrita los sucesos importantes ocurridos en sus instituciones. Los escritos, que por lo general eran peticiones de los confesores o bien de alguna autoridad eclesiástica, no siempre eran bien vistos por la monja a la que se le daba el cometido; por lo general, se quejaban de ignorancia, falta de talento y de salud para llevarla a buen término, aunque sabemos que este tipo de declaración es más un lugar común para mostrar humildad, pues varias de las cronistas gustan de la escritura, se deleitan en las narraciones biográficas y demuestran sus conocimientos; ser la cronista del convento finalmente no deja de ser un privilegio, pero también una ardua responsabilidad pues «asumía,

¹ Dentro de las narraciones de vidas, biografías y crónicas conventuales encontramos relatos de seres fantasmales, santos y demonios; los primeros, según Gisela von Wobeser, aparecían como una ayuda, para dar consejos o bien ofrecer una enseñanza; en el caso de los santos era una distinción de la monja, lo que la posicionaba también con visos de santidad y en el caso de los demonios era algo parecido, ya que por lo general el diablo quería llevarse tan cara alma, poniéndola a prueba en todo momento. Dice von Wobeser que: «La vida contemplativa de la clausura fomentó la íntima relación con personajes del más allá que, según el testimonio de las visionarias, se aparecían con frecuencia para hacerles revelaciones, mostrarles su afecto, amonestarlas e incluso para convivir con ellas» (2018, p. 15).

² Ramos Medina, presentación a Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental*, p.vii.

de esta manera, la escritura como manifestación institucional para conservación de la memoria colectiva»³.

La crónica, afirma Rossi de Fiori, «versaba sobre la historia del convento, de la orden, de algún periodo especial del convento, de las figuras representativas, de alguna monja que se destacaba, del santo protector, etc.»⁴. Por lo tanto, son escritos de suma importancia para la información que del convento se tuviera en la posteridad, pero también textos en los que el nombre de la autora no aparecía y eran usados como base para libros más extensos. La identidad de las cronistas no siempre es patente en sus escritos⁵, salvo casos en los que las monjas se destacan a sí mismas por su importancia, por ser fundadoras, abadesas o por tener características de santidad⁶.

2. LA FUNDACIÓN DE SAN JOSÉ DE LAS CARMELITAS DESCALZAS (SANTA TERESA LA ANTIGUA)

En la capital novohispana llegaron a existir diecisiete conventos femeninos, muchos para una ciudad todavía pequeña, aunque apenas suficientes para la considerable demanda de mujeres que deseaban dejar el mundo e ingresarse en un claustro⁷. La mayor parte de los conventos novohispanos llevaban reglas no tan rígidas. Dadas estas características, se entiende la necesidad en su tiempo de la fundación de un convento de vida simple y contemplativa, como sucede con el de San José de Carmelitas de la ciudad de México⁸.

Los monjes de la orden carmelita de san Alberto fueron quienes llevaron las obras de santa Teresa al convento concepcionista de Jesús María, sembrando la semilla de la nueva orden entre las monjas⁹: fray Pedro de San Hilarión, fray Pedro de los Apóstoles, fray Nicolás de San

³ Rossi de Fiori, 2008, p. 56.

⁴ Rossi de Fiori, 2008, p. 56.

⁵ Ver Rossi de Fiori, 2008, p. 57.

⁶ Ver Glantz, 1992, p. 224.

⁷ Para una descripción detallada de la vida conventual, así como sus datos generales, ver el amplio estudio de Muriel, 1946.

⁸ Los datos acerca de la fundación del convento de San José de Carmelitas Descalzas está tomado principalmente de la crónica de sor Inés de la Cruz, *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua*.

⁹ Siempre fueron lecturas recomendadas para religiosas las autobiografías de santas como Rosa de Lima y Catalina de Siena, pero las obras de santa Teresa estaban en auge, por su reciente deceso y canonización; ver Bienko de Peralta, 2014, p. 166.

Alberto, fray Juan de Jesús María, fray Diego de la Madre de Dios. Las peleas y divisiones hacia dentro del convento de Jesús María ocasionaron el medio idóneo para promover la nueva fundación.

Fueron cuatro monjas quienes iniciaron las gestiones para una nueva fundación carmelita, nacida del convento de Jesús María: Inés de la Cruz, Mariana de la Encarnación, Ana de la Concepción y Marina de la Cruz, pero fueron las primeras quienes finalmente lograron el cometido. Ana de la Concepción, priora de Jesús María, apoya el cambio, incluso inicia en el convento una serie de reglas similares a las carmelitas, hecho que desagradó mucho a las concepcionistas que estaban conformes con su vida más relajada. Otra monja importante para la nueva fundación fue Marina de la Cruz, admirada como santa en la capital novohispana; su intervención fue sobre todo espiritual, Marina deseaba también ser carmelita, se había distinguido por ser devota y proclive al sacrificio físico¹⁰.

Este deseo vehemente de las cuatro monjas, y algunas otras que iniciaron a simpatizar con la idea, fue debido a su inclinación hacia la vida contemplativa y de sacrificio. El convento de Jesús María era uno de los más relajados, las monjas jóvenes no cumplían al pie de la letra las normas de la orden. Inés de la Cruz nunca se dejó convencer de tales costumbres, antes bien trataba de evitarlo a toda costa y sacar a sus hermanas de tales tentaciones. Estas monjas concepcionistas debieron de tener miedo a una reforma que incluyera una regla estricta y nada acorde a su vida actual.

Las monjas criollas de Jesús María en su colectividad, según la descripción de nuestras cronistas, quedan muy distantes de las monjas ejemplares, devotas y santas que nos describe Carlos de Sigüenza y Góngora en su *Paraíso Occidental*¹¹, más bien son mujeres muchas veces elitistas y dadas a la comunicación asidua e infructuosa. Las cuatro aspirantes a carmelitas sufrían del rechazo de sus hermanas, quienes las consideraban buscabullas, con sentido protagónico y ambiciosas, sobre todo de poder.

¹⁰ Marina de la Cruz es una religiosa importante, tanto para el convento de Jesús María como para el de las Carmelitas, dada su santidad. Para conocer la vida de esta monja ver el *Paraíso occidental* de Carlos de Sigüenza y Góngora, así como los estudios de Manuel Ramos Medina (1990 y 1997), Guadalupe Torres Ibarra (2007), Katarína Zatlakajová (2016), o los trabajos de Josefina Muriel (1946 y 2000).

¹¹ Sigüenza enaltece las virtudes de las monjas de Jesús María, por ejemplo cuando dice: «Perseveran los efectos de estos fervores en la agradable memoria de virtuosísimas religiosas, que por todo el espacio de este primer siglo resplandecieron con admirables luces de perfección» (Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental*, p. 38).

Sin embargo, según lo que podemos leer en las crónicas, el deseo de la nueva fundación no se sustentaba en querer gobernar sobre otras, sino en una vocación contemplativa sincera. Un nuevo convento causaba envidias y celos entre las monjas, más aún se mostraron negativas ante Inés de la Cruz, que además era española, hecho que resultó de capital importancia para lograr finalmente la fundación¹².

La idea de iniciar un carmelo en México fue primero de Mariana de la Encarnación, quien era asidua lectora, primero de poesía, actividad que le fue prohibida por sus autoridades, y después, emocionada con la lectura de las obras de santa Teresa. El primer paso en la gestión¹³ fue hacérselo saber a los monjes carmelitas; uno de ellos, Pedro de San Hilarión conocía a Juan Luis de Rivera, rico comerciante que deseaba apoyar con recursos la fundación de un convento de esta orden. Por medio de fray Pedro, Inés de la Cruz se puso en contacto por carta con el dicho Luis de Rivera, quien testó a favor de las dos monjas, dejando su casa y varios recursos económicos para dar inicio al convento.

Mariana de la Encarnación conoció a Inés de la Cruz en el coro, al que ambas asistían no por gusto propio al principio; Mariana por su voz privilegiada e Inés designada a copiar partituras, gracias a su talento al escribir y a su destacada inteligencia. Fue Mariana quien le habló a Inés de la idea de un cambio de convento. Las dos estaban en desacuerdo con la vida relajada de Jesús María, querían una vida retirada, dedicada a la oración y al sacrificio.

Monjas jóvenes aún, se entusiasmaron con la idea de cambiar de vida. Pero desearlo y llevarlo a cabo suponía un trabajo arduo que no podían hacer solas. El primer paso fue convencer a otras monjas de la conveniencia de una fundación de carmelitas, donde pudieran desarrollar una vida contemplativa y no disipada, como la que a su juicio llevaban en Jesús María. Ana de la Concepción y Marina de la Cruz fueron las primeras convencidas, aunque nunca pudieron ver el plan hecho realidad, ambas murieron antes. La amistad con estas dos mujeres fue muy conveniente para las dos jóvenes, pues Marina se había hecho

¹² Para ver a detalle las problemáticas remito a Inés de la Cruz y la crónica de Mariana de la Encarnación, *Relación de la fundación del convento antiguo de Santa Teresa*, p. 36.

¹³ Dice Rosalva Loreto de la fundación: «se trata de un proceso de longitud temporal variable descompuesto en diversos pasos que, sin guardar un orden exacto, se podrían suceder de cierta manera aisladamente hasta alcanzar su definitiva erección y reconocimiento formal» (2000, p. 71).

fama de santa y Ana de la Concepción era la priora del convento; esto último les trajo muchos beneficios, uno calmar los ánimos de las demás religiosas de Jesús María que iniciaban a demostrar su rechazo ante las dos monjas, más aún a Inés de la Cruz por ser española de nacimiento. También les benefició al lograr ciertas conexiones con el exterior y que Inés fuera nombrada como contadora y escribana, puesto que le prodigaba una mayor capacidad de gestión.

Juan Luis de Rivera y su esposa murieron antes de ver el Carmelo puesto en pie y los recursos quedaron en manos de los parientes cercanos. Fue el arzobispo Pérez de la Serna quien terminó de hacer las gestiones para recuperar los bienes y reclamarlos como propiedad de la Iglesia, cometido que finalmente logró. De hecho, el aporte principal de Pérez de la Serna en su arzobispado fue la fundación de varios hospitales, refugios y conventos, de los que se pueden contar quince a lo largo de la Nueva España. La fundación del Carmelo en la capital lo veía el arzobispo como una necesidad, por un lado para equilibrar la balanza con Puebla, ya que desde 1604 existía esta orden en la Ciudad de los Ángeles y también por la fama y devoción que se habían desatado tras la beatificación de la madre Teresa el 24 de abril de 1614¹⁴.

Otros personajes de importancia que intervinieron en la fundación fueron Juan Quezada de Figueroa, oidor de la Real Audiencia, su esposa, quien incluso participó como madrina de la orden, a pesar de la negativa que tenía de que su esposo se acercara a monjas, y Pedro Otálora, presidente de la Real Audiencia, quien ayudó en el asunto de los bienes dejados por Juan Luis Rivera.

Ante la negativa de Alonso de la Mota de mandar dos monjas carmelitas del convento de Puebla, el arzobispo dejó la fundación en manos de las dos concepcionistas, hecho facilitado por el origen español de Inés de la Cruz. El virrey Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar desde el 28 de octubre de 1612, fue quien finalmente aprobó la fundación de Santa Teresa la Antigua el 19 de mayo de 1615; su esposa fue a su vez pieza clave en el acercamiento con las monjas concepcionistas, iniciando una cercana amistad sobre todo con Inés de la Cruz, a quien

¹⁴ Para ver más acerca de las diferentes fundaciones, ver Ramos Medina, 1997, pp. 17-24. Ver también Lavrin, 2105, p. 507.

cuidó incluso en sus enfermedades. La amistad entre ambas mujeres fue punto de conflicto entre las monjas de Jesús María, pues se acrecentó el rechazo que ya les tenían¹⁵.

Finalmente, la fundación del convento de San José de Carmelitas descalzas de la Ciudad de México se llevó a cabo la mañana del primero de marzo de 1616; el inicio del nuevo convento, tan deseado por muchos, y que tantas vicisitudes había costado, se celebraba en medio de una serie de festividades, la mayoría de ellas con motivo de la fundación, la otra causa, que tan significativa fue para las monjas, era la celebración del ángel custodio o de la guarda.

El festejo de inicio de la orden constituyó una fiesta en toda la ciudad, sobre todo el traslado de las monjas de un convento a otro: Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación salieron del convento de Jesús María con velos negros a la casa, todavía en deplorables condiciones para instalarse definitivamente. Acompañaron a las monjas los personajes principales de la ciudad, el arzobispo Juan Pérez de la Serna, miembros del Cabildo y la Audiencia y por supuesto los virreyes, marqueses de Guadalcázar, y otros pertenecientes a la corte. Isabel Vaca y Ana Aríndes sirvieron de madrinas a las nuevas carmelitas. Las acompañó también durante toda la procesión Francisco Loza, quien fungió como primer capellán del convento¹⁶. El recorrido terminó en la casa, después de una procesión por los demás conventos de la ciudad; en cada uno de los lugares visitados se instalaron altares para demostrar la importancia del inicio del nuevo convento.

La relación completa de todos los detalles acontecidos en todo el proceso de planeación, gestión y fundación es narrada por sus mismas fundadoras, Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación. Los documentos se encuentran en manuscrito en el archivo del monasterio de Tlacopac en la Ciudad de México. Contamos hasta ahora con dos ediciones de los manuscritos, la primera hecha por Manuel Ramos Medina en 1997 y la segunda de reciente aparición, y que, más que edición, nos representa un estudio paleográfico de las dos crónicas, a cargo de Citlali Campos¹⁷.

¹⁵ Ver Mariana de la Encarnación, *Relación de la fundación del convento antiguo de Santa Teresa*, pp. 35-38.

¹⁶ Ramos Medina, 1990, p. 61.

¹⁷ Mariana de la Encarnación, *Relación de la fundación del convento antiguo de Santa Teresa*; sor Inés de la Cruz, *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua*.

3. INÉS Y MARIANA, VOCACIÓN Y EMPEÑO

A través de los textos escritos por nuestras monjas, las dos crónicas en manuscrito y las dos autobiografías publicadas, podemos observar un sinnúmero de cuestiones interesantes y otras de vital importancia para entender la vida conventual del siglo xvii. Tenemos dos crónicas manuscritas, en las que a la par del narrar lo acontecido en la planeación y fundación del convento, conocemos datos personales e íntimos de las religiosas, así como de la convivencia en el convento, primero en el de Jesús María y después en el de Santa Teresa la Antigua. Las autobiografías publicadas, aunque la segunda es más bien una carta, son primero la escrita por Inés de la Cruz y publicada por Carlos de Sigüenza y Góngora y la segunda *La respuesta a sor Filotea de la Cruz*, de sor Juana Inés de la Cruz¹⁸.

En los escritos de las fundadoras encontramos que la narración de su vida sirve principalmente para justificar y evidenciar su inclinación nata, tanto a la santidad como a llevar un estilo religioso acorde con la orden carmelita, es decir, dejar ver que era ya una misión o un destino puesto por Dios y no una decisión nacida del capricho humano, dado el horizonte de sentido en el que se mueve la mentalidad de la época.

Tanto Inés como Mariana hacen hincapié en su muy temprana vocación religiosa, tratan de demostrar con ejemplos que el proyecto de vida que les está destinado es seguir una existencia austera bajo una regla estricta llena de dificultades, lo que las distingue de las demás religiosas, «santas pintadas», como las califica Inés de la Cruz¹⁹. La vida encaminada a la santidad y el sacrificio son la principal justificación para la nueva fundación, y por eso la narración del proceso de instauración de Santa Teresa la Antigua tiene que iniciar como una autobiografía. Sin embargo, la misión constatada de Inés y Mariana, como las iniciadoras de una orden que no cayera en la costumbre «regalona y chocolatera»²⁰, se convierte en el centro de su vida, no hay nada más importante, desde el punto de vista de sus manuscritos, que dicha fundación, a la par de su camino de santidad. En el caso de sor Juana es diferente, su motivación no está en la santidad sino en el intelecto: sor Juana nos habla de sí misma en la *Respuesta*, pero no para demostrar su vocación religiosa desde

¹⁸ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas. Comedias, sainetes y prosa*, pp. 440-475.

¹⁹ Sor Inés de la Cruz, *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua*, p. 21.

²⁰ Esta expresión la adjudica sor Mariana a fray Tomás de San Vicente, quien se oponía a la fundación carmelita (ver Ramos Medina, 1997, p. 342).

niña, sino más bien para dejar clara su inclinación nata al estudio, sin que haya visos en ella de un interés por la austeridad carmelita.

Para Inés, todo está predeterminado para llegar con las carmelitas, incluso el barco en el que llega a la Nueva España a los catorce años lleva el nombre de Santa María, hecho que considera que se debe a la devoción que le tiene a la Virgen. Inés profesa a los dieciocho años el viernes 22 de abril de 1588, aunque nos dice que «con gran dolor en mi corazón por no ser de las descalzas. Fue el más alegre día que hasta allí había tenido por salir de un mundo que yo tan mal quería»²¹. A los siete años de entrar en religión Inés enferma, padecimiento que tiene que ver con la distinción que hace Dios de ella y son muestra de su vocación carmelita y no concepcionista. Mariana, según su descripción, parece indecisa hasta no leer a santa Teresa, en quien encuentra finalmente el modelo de vida que quería seguir; es por este tiempo también cuando Inés y Mariana se conocen y emprenden de forma definitiva el camino hacia la fundación del Carmen. Camino pedregoso por los muchos obstáculos con los que se tropezaron.

La vocación de Inés, que ella considera ineludible es la de santa, mártir y ermitaña, por eso gustaba de la soledad, le molestan las monjas que se divierten, que conviven, y se aleja recibiendo también el rechazo de sus hermanas, al igual que Mariana, ambas fuera de la norma común de las novohispanas. Las dos deciden con férrea voluntad hacer todo por participar de una nueva fundación acorde a sus intereses, donde pudiera apenas convivir con otras monjas de su mismo talante. El problema hacia el interior del convento comienza cuando por influencia de los padres carmelitas la regla de Jesús María se vuelve más rígida y las monjas se ven obligadas a llevar ejercicios propios de santa Teresa; nos cuenta por ejemplo Mariana de la Encarnación:

Dentro de pocos meses se comenzaron a inquietar las más modernas y mozas, y a decir que las querían hacer guardar la regla del Carmen y, con esto, una polvareda y emulación de unas con otras, que todo era dar sobre las carmelitas, quejarse de la prelada que lo sobreconsentía, y que no eran aquellas novedades sino querer alzarnos con el convento y gobernarlo²².

Es interesante notar cómo la historia de la fundación nos deja ver la convivencia diaria de un convento novohispano, lleno de vicisitudes

²¹ Ramos Medina, 1997, p. 314.

²² Ramos Medina, 1997, p. 336.

y desarreglos. No contamos con una narración tan detallada en este aspecto en el caso de sor Juana, pero sí debemos recordar cómo se queja de las envidias a las que se enfrentaba dentro del convento y cómo ella misma se fuerza a la convivencia, estorbándole la vida relajada de las demás monjas. Aunque en el caso de sor Juana la molestia viene no porque las demás no siguieran una vida observante, sino más bien por el ruido y las distracciones a las que se veía sometida en los mismos espacios libres que ella destinaba para el estudio; recordemos el ya tan citado fragmento: «Lo que sí es descargo mío es el sumo trabajo [...] y muchos estorbos [...] de aquellas cosas accesorias de la comunidad [...] Y esto es comúnmente, porque como los ratos que destino a mi estudios son los que sobran a las otras para venirme a estorbar...»²³. Sor Juana también nos deja ver trazos de la descripción de la vida cotidiana en el convento de San Jerónimo, rasgo que podría servirnos como una crónica, no fundacional, pero sí del tipo de convivencia que existía entre las religiosas y las mujeres que fungían como sirvientas y esclavas.

Aunque Mariana de la Encarnación tiene un papel protagónico, es Inés de la Cruz quien inicia y lleva a cabo las gestiones para hacer realidad la fundación; debemos considerar el impulso de iniciativa de la monja, quien debió de querer actuar como santa Teresa. Ella misma reconoce su temeridad cuando dice: «Desde luego que di el primer paso. En pretender esto fui de un parecer con la madre Encarnación»²⁴. A pesar del rechazo conventual, Inés crea alianzas dentro del convento para llegar a sus fines, y fuera, busca personas con recursos económicos y puestos de importancia dentro de la sociedad novohispana, como el oidor Juan de Quezada y fray Pedro de Hilarión, prior de la orden del Carmen. Sor Mariana reconoce el sentido de gestión y sentido práctico de Inés, ruta en la que ella misma la sigue; nos dice la carmelita:

Proseguíamos ambas con las diligencias que podíamos, regalando y acariciando a Juan Luis Rivera y su mujer. Pedíamosle a nuestro padre fray Pedro de San Hilarión [...] que hablase a este caballero y a su mujer y les pidiese que lo que pretendíamos era nos señalase en su testamento por sus capellanas y fundadoras; que, como andan tan enfermos y eran de tanta edad, no dejábamos de tener algún temor de que se nos muriese²⁵.

²³ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas. Comedias, sainetes y prosa*, p. 450, fr. 440 y 450.

²⁴ Ramos Medina, 1997, p. 317.

²⁵ Ramos Medina, 1997, p. 338.

Finalmente sucedió lo que tanto temían, murieron Juan Luis Rivera y su esposa, pero efectivamente las nombraron herederas de los bienes en favor del nuevo convento, herencias de casas y dinero que formaron el fundamento material con el cual iniciaría la existencia de Santa Teresa la Antigua. Las dos monjas con influencia elegidas por Inés y Mariana también murieron, dejándolas de nuevo solas con el proyecto; es entonces cuando suceden los milagros de las apariciones, con las cuales se aseguraba por vía sobrenatural la misión de ser carmelitas. A Marina de la Cruz se le aparecen la misma santa Teresa y la recién fallecida Ana de la Concepción. Inés por su parte ve a Marina quien, muerta ya, siguió gestionando la orden en el cielo, le anuncia que no se preocupe, porque por medio de la misma Virgen María se consiguió con Jesús la fundación²⁶. Ante tal permiso no había nada que discutir²⁷.

A pesar de tener todo en contra, incluso con escritos del convento de carmelitas de Puebla en los que se conminaba a no seguir adelante pues no tenía el talento y los méritos suficientes para la fundación, lograron su cometido el 1 de marzo de 1616, siendo Inés no sólo fundadora, sino también la primera abadesa. Lo que le sigue después son las dificultades propias de la orden, pero en plena realización de su vocación y su destino. Nuestra monja anota el 6 de septiembre de 1625 como la fecha en la que termina de escribir su crónica²⁸.

4. PARALELISMO ENTRE MANUSCRITOS

Además de la crónica, sor Inés de la Cruz escribió una autobiografía en la que nos habla también de la fundación, aunque de una forma más personal y con un mayor número de detalles acerca de su vida privada. Es notorio que los textos de las tres monjas, sor Inés, sor Mariana y sor Juana, tienen sorprendentes parecidos en su estructura. Cabe la posibilidad de que la jerónima haya leído la autobiografía de sor Inés, recordemos que Carlos de Sigüenza la publicó en 1684, como parte de la historia del convento de Jesús María. Cabe preguntarse por qué no hizo lo mismo con el texto de sor Mariana. Veremos a continuación las coincidencias entre los tres textos.

²⁶ Recordemos que la supuesta aparición de seres celestiales y fantasmales otorgaba un voto de confianza a la veracidad de la monja, le daba más peso a sus experiencias. Ver Wobeser, 2018.

²⁷ Sor Inés de la Cruz, *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua*, pp. 25-26.

²⁸ Sor Inés de la Cruz, *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua*, p. 37.

La autobiografía de Inés de la Cruz se publicó por primera vez en el tercer libro de *Paraíso Occidental*, de don Carlos de Sigüenza y Góngora; así como la crónica de fundación, también la autobiografía fue una petición de su confesor. Los dos textos tienen mucha semejanza, bien podríamos pensar que la crónica es un texto reducido del otro, el cual plantea dos temas principales: las formas y vicisitudes que vivió junto con Mariana de la Encarnación para la fundación del convento, y sus problemáticas personales.

El texto de sor Mariana fue también un encargo del superior, pero permaneció inédito hasta del siglo xx. La *Respuesta a sor Filotea* de sor Juana fue publicada por primera vez en el tomo de *Fama y obras póstumas* editado por Juan de Castorena y Urzúa en 1700, texto que aunque no es pedido por un superior sí responde a uno: Manuel Fernández de Santa Cruz. Tanto Inés como Juana se disculpan de su escritura, la primera por la repugnancia que dice tener de escribir, la segunda porque no sabe qué responder, en el caso de sor Mariana solo dice cumplir con el cometido.

En la autobiografía, sor Inés nos describe con detalle su origen y las problemáticas suscitadas por las cuales su familia se traslada a Nueva España, hechos que omite y resume en el texto fundacional. Inicia con datos biográficos para sustentar y justificar el cambio de convento. La monja dirige su narración hacia un impulso de santidad natural en ella: «Desde que hube uso de razón deseé ser religiosa sin jamás haber tenido un breve pensamiento contrario y que fuese en orden muy estrecho sin otro discurso. Sólo padecer mucho porque Cristo dio su vida por mí»²⁹. Afirma también en la autobiografía: «parecíame el primer uso de razón que tuve de amar a Dios, y deseo de emplearme toda en servirle»³⁰. Nos dice por su parte la Décima Musa: «desde que rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones [...] han bastado que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí»³¹. Es notorio el parecido entre ambos escritos.

En el caso de Mariana vemos algo semejante, aunque ese destello de vocación no surgió en ella sino hasta la adolescencia. Es en la narración de su infancia donde iniciamos a observar las mayores semejanzas entre los textos. Es probable que sor Juana haya leído las crónicas y por tanto tuviera cierta influencia de las mismas, recordemos que estuvo unos

²⁹ Ramos Medina, 1997, p. 313.

³⁰ Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental*, p. 130.

³¹ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas. Comedias, sainetes y prosa*, p. 444, fr. 190.

meses viviendo en este convento, del cual salió para recuperarse del tabardillo adquirido por las malas condiciones de higiene.

Tanto sor Inés como sor Juana empiezan a asistir a la «amiga» a los tres años³², y son las hijas medianas de un total de seis hermanos. Las dos asisten a la escuela siguiendo a una hermana mayor y aprenden sin ser ellas a quienes se les manda estudiar. De sor Mariana no tenemos datos al respecto. Sin embargo, aunque pareciera mucha la coincidencia, surgen también las diferencias: mientras que Inés de la Cruz dice que: «Deprendí con gran brevedad a leer, de codicia de saber la pasión de Nuestro Señor, y la lloraba mucho y como oía las vidas de los ermitaños me aficioné a imitarlos»³³, la jerónima aprende a leer por curiosidad de saber, un saber general y no solo religioso.

Inés de la Cruz inicia desde niña a querer mortificar su cuerpo por imitación de Cristo, para lo cual «procura abstinencia», evitándose de comer «caldos, carne y comida guisada»³⁴, pensando que sólo alimentos secos comerían en el desierto. La niña también dormía poco, se levantaba ya dormidas sus hermanas para hincarse de rodillas a rezar durante horas. Sor Juana por su parte también se abstenía de ciertas comidas, como de sobra sabemos, no por imitación divina, sino por evitar perder su inteligencia, pues «podía con ella más el deseo de saber que de comer»³⁵. Son semejanzas, pero parecidas y distantes. Mientras que Inés quiere ser ermitaña y huye de su casa, para lograrlo, la pequeña Juana pide a su madre asistir a la Universidad vestida de hombre.

A los catorce años la vida de Inés cambia, pues su familia tiene que salir de Toledo a México, hecho que considera providente, pues cree es el lugar idóneo para ser mártir. Juana también hace el viaje de Nepantla a México aproximadamente a los catorce años, y poco tiempo después entra en la corte virreinal. Las tres jóvenes, incluyendo aquí a Mariana, demuestran tener fortaleza para la autorrepresión, las carmelitas por imitación a los santos y Juana como una forma de forzarse a aprender más.

Mariana ya dentro del convento inicia con las devociones exageradas, mismas que hace en secreto y sin regulación; dice la monja: «Hacía algunas demostraciones e imprudencias, quiteme los chapines y el

³² Basándonos en la fecha de nacimiento que nos da su primer biógrafo, Diego Calleja, en *Vida de sor Juana*.

³³ Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental*, p. 130.

³⁴ Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental*, p. 130.

³⁵ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas. Comedias, sainetes y prosa*, p. 445, fr. 230.

lienzo, usando de otras singularidades de más observancia y penitencia, porque ni dormía ni andaba en mí y a este modo otras mil boberías con que minoraba la salud»³⁶. Inés también dejaba de dormir, pues se entretenía viendo las estrellas e imaginando que allá estaría Dios y agradecía haber sido creada. Podemos imaginarnos también a sor Juana desvelada, tratando de aprender el mayor número de conocimientos en poco tiempo. Sor Mariana también se aficionó a la lectura, prohibiéndole sus superiores que leyese romances, así mismo como a sor Juana por salud la guardaron de leer y estudiar.

Las tres se mostraban deseosas de la soledad: sor Mariana y sor Inés aprovechaban su soledad en oraciones, mientras sor Juana en oraciones, pero también en espacio de estudio. Juana Inés se separa de la biografía de las otras dos en el periodo de su estancia virreinal, aunque esa primera juventud en las tres marcará la pauta de lo que serán después de forma definitiva en un futuro. En 1667 con dieciséis años de edad, Juana entra al convento de San José de Carmelitas descalzas y permanece allí solo tres meses, pero quizá fue suficiente para tomar el nombre de la fundadora y ejemplo de ella. Es en 1669 cuando profesa en San Jerónimo. Mariana entra al convento de Jesús María a los nueve años, pero no profesa hasta los dieciséis. Sor Inés profesa a la edad de dieciocho años, aun cuando toda su vida había deseado entrar. Las tres tienen edades similares al iniciar su trayectoria como monjas y es a partir de este momento que sus vidas tornan a desarrollar sus verdaderas vocaciones: las letras y la religión.

Dentro de la vida religiosa encontramos también semejanzas, por ejemplo, las tres tienen cercanía con la música: recordemos que sor Juana escribe el desaparecido *Caracol*, que sería, según Castorena, un método para aprender el arte musical; sor Inés era la encargada de copiar los libros y sor Mariana era vicaria de música y parte del coro. Así mismo, tanto Inés de la Cruz como sor Juana fungieron como contadoras de sus respectivos conventos y establecieron vínculos con personas de renombre en su entorno y sobresale la cercanía que las dos adquieren con las virreinas de México en ese momento, y de paso, despiertan los celos y las envidias de otras monjas. Como podemos ver, las coincidencias y diferencias que existen entre las tres monjas nos llevan a un

³⁶ Ramos Medina, 1997, p. 332.

conocimiento más amplio del universo que constituyeron los conventos femeninos novohispanos y las circunstancias que las llevaron a tomar esta forma de vida.

5. CONCLUSIONES

Las crónicas conventuales escritas por sus fundadoras, como es el caso de Mariana de la Encarnación e Inés de la Cruz, son valiosos documentos, ya que podemos encontrar en ellos una infinidad de aristas para acercarnos al conocimiento del entono en que se desarrollan las mujeres en estos espacios femeninos. Los conventos eran microcosmos, reproducción de la sociedad intramuros, alejados hasta cierta medida de los avatares del mundo, pero siempre partícipes del siglo desde el claustro. Por lo tanto, los conventos de monjas serán pieza esencial para entender la sociedad y la vida cotidiana de nuestros siglos novohispanos. En el caso de sor Juana, aunque no tenemos una crónica de su convento escrita por ella, la *Respuesta a sor Filotea* cumple con algunas de sus características, pues nos habla de elementos biográficos como es el caso también de las otras dos monjas y nos da cuenta de episodios de la vida cotidiana, con los cuales reconstruir el espacio hacia el interior del claustro.

BIBLIOGRAFÍA

- BIENKO DE PERALTA, Doris, «Voces del claustro. Dos autobiografías de monjas novohispanas del siglo XVII», *Relaciones*, 139, verano 2014, pp. 157-194.
- CALLEJA, Diego, *Vida de sor Juana*, notas de Ermilo Abreu Gómez, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.
- CRUZ, sor Inés de la, *Fundación del convento de Santa Teresa la Antigua*, codirección y edición de Clara Ramírez y Claudia Llanos, selección y transcripción paleográfica de Citlali Campos Olivares, México, UNAM, 2017 (Escritos de mujeres siglos XVI al XVIII).
- CRUZ, sor Juana Inés de la, *Obras completas. Comedias sainetes y prosa*, México, Fondo de Cultura Económica / Instituto Mexiquense de Cultura, 1994.
- ENCARNACIÓN, sor Mariana de la, *Relación de la fundación del convento antiguo de Santa Teresa*, codirección y edición de Clara Ramírez y Claudia Llanos, selección y transcripción paleográfica de Citlali Campos Olivares, México, UNAM, 2015 (Escritos de mujeres siglos XVI al XVIII).
- GLANTZ, Margo, «Sor Juana y otras monjas: la conquista de la escritura», *Debate Feminista*, 5, marzo 1992, pp. 223-239.

- LAVRIN, Asunción, «Santa Teresa en los conventos de monjas de Nueva España», *Hispania Sacra*, LXVII, 136, julio-diciembre 2015, pp. 505-529.
- LORETO LÓPEZ, Rosalva, *Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII*, México, El Colegio de México, 2000.
- MURIEL, Josefina, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, Editorial Santiago, 1946.
- MURIEL, Josefina, *Cultura femenina novohispana*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2000.
- RAMOS MEDINA, Manuel, *Imagen de santidad en un mundo profano*, México, Universidad Iberoamericana, 1990.
- RAMOS MEDINA, Manuel, *Místicas y descalzas. Fundaciones femeninas carmelitas en la Nueva España*, pról. de Margo Glantz, México, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 1997.
- ROSSI DE FIORI, Iríde, et al., *La palabra oculta. Monjas escritoras en la Hispanoamérica colonial*, Salta, Ediciones Universidad Católica de Salta, 2008.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Paraíso Occidental*, facsímil de la 1.^a ed. (México, 1684), presentación de Manuel Ramos e introducción de Margo Glantz, México, UNAM / Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 1995.
- TORRES IBARRA, Guadalupe, «Sigüenza y Góngora, el convento, la pobreza y el poder», en Beatriz Mariscal y María Teresa Miaja de la Peña (eds.), *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas «Las dos orillas», Monterrey, México del 19 al 24 de julio de 2004*, México, Fondo de Cultura Económica / Asociación Internacional de Hispanistas, 2007, vol. 2, pp. 591-600.
- WOBESER, Gisela von, *Apariciones de seres celestiales y demoniacos en la Nueva España*, México, UNAM, 2018 (Serie Historia Novohispana, 100).
- ZATLKAJOVÁ, Katarína, «Carlos de Sigüenza y Góngora —el paraíso terrenal en la Nueva España», *Svět literatury, El mundo de la literatura. El retorno de las carabelas*, edición especial, 2016, pp. 42-47.



Estudios Indianos, 14

Uno de los temas que más ha llamado la atención de la crítica americanista ha sido el papel que tuvo el imaginario europeo para construir en América un continente quimérico que reunía gran parte de las esperanzas y miedos del viejo mundo, así como sus proyectos de dominación colonial. Tal es el influjo de esta corriente que apenas hay estudio de importancia, desde el clásico de Todorov hasta los recientes trabajos imagológicos, que no lo recabe y que no examine cómo los europeos inventaron América o (y quizás aquí está el desarrollo más importante de los últimos años) cómo los americanos adoptaron y modificaron esta invención para potenciar sus propios intereses. Este volumen, *La escritura del territorio americano*, examina esta serie de quimeras europeas en su interacción con la realidad americana y a lo largo de diversos géneros literarios (la relación de viajes o de méritos, la crónica, la corografía, el teatro cómico, la filosofía, etc.) y artísticos (la pintura mural).

Carlos Mata Induráin, Profesor Titular acreditado, es investigador y Secretario del GRISO (Universidad de Navarra) y del IDEA. Su investigación se centra en el Siglo de Oro español: comedia burlesca, autos sacramentales, Cervantes, Lope o Calderón, entre otros autores.

Antonio Sánchez Jiménez, Catedrático de Literatura Española en la Université de Neuchâtel (Suiza), es autor de varias monografías y ediciones críticas de textos áureos (Lope de Vega, Calderón de la Barca, Eugenio de Salazar, poesía española y virreinal, Leyenda Negra, etc.).

Martina Vinatea, Doctora en Filología hispánica y en Historia, es Profesora principal de la Universidad del Pacífico (Perú) y Codirectora del Centro de Estudios Indianos (CEI) / Proyecto Estudios Indianos (PEI). Últimamente investiga sobre poesía conventual femenina y del Perú virreinal.



Universidad
de Navarra

GRISO



instituto de estudios auriseculares



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO